



VIA CRUCIS VOCACIONAL CIUDAD REAL, SEMANA SANTA 2024

INTRODUCCIÓN

El siguiente Vía Crucis ha sido elaborado por los seminaristas mayores de nuestra Diócesis, a petición del Arciprestazgo de Ciudad Real. Vivimos un momento de escasez vocacional, que deja a nuestro Seminario Diocesano en una situación especialmente difícil. Tenemos que rezar mucho para pedir al Señor que siga enviando vocaciones sacerdotales a la Iglesia y al mundo.

Con este motivo, en las meditaciones de este Vía Crucis se ofrece una reflexión sobre la vocación sacerdotal y sobre la misión del sacerdote, para pedir por todos los sacerdotes y por las vocaciones. Contemplando los misterios de la pasión del Señor nos haremos presentes a muchas situaciones de sufrimiento de las que no son ajenos los sacerdotes, acompañando el dolor o compartiéndolo ellos mismos. Que, por la participación en el misterio de la cruz, el Señor siga despertando con ánimo pascual vocaciones sacerdotales en nuestra Iglesia.



PRIMERA ESTACIÓN

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

Del Evangelio según san Mateo (Mt 27,21-26)

En aquel tiempo, dijo Pilato: «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?». Ellos dijeron: «A Barrabás». Pilato les preguntó: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?». Contestaron todos: «Sea crucificado». Pilato insistió: «Pues, ¿qué mal ha hecho?». Pero ellos gritaban más fuerte: «¡Sea crucificado!». Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos ante la gente, diciendo: «Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!». Todo el pueblo contestó: «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!». Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Jesús se expone con humildad a que el pueblo prefiera a un malhechor. Lo que parecía una decisión fácil, elegir el bien antes que el mal, salvar al inocente antes que, al culpable, se convierte en una trampa de engaño e injusticia. Pero Jesús sabe que no puede realizar la salvación del mundo si no deja libertad a los hombres; la libertad es el riesgo de Dios, pero es también la única oportunidad de amar verdaderamente y de entregarse de corazón. En quien se equivoca, Dios también siembra la llamada a la salvación.

Oración. En la sociedad, los cristianos tenemos que contemplar a mucha gente tomando decisiones egoístas. A veces, los sacerdotes sufren en sus parroquias porque los cristianos prefieren el camino del mundo al evangelio de Jesús. Por los sacerdotes de nuestras parroquias, para que sigan siendo testigos del amor y de la salvación de Dios en medio de su pueblo.



SEGUNDA ESTACIÓN

JESÚS CARGA CON LA CRUZ

Del evangelio según san Marcos (Mc 15,16-20)

Los soldados se lo llevaron al interior del palacio —al pretorio— y convocaron a toda la compañía. Lo vistieron de púrpura, le ponen una corona de espinas, que habían trenzado, y comenzaron a hacerle el saludo: «¡Salve, rey de los judíos!». Le golpearon la cabeza con una caña, le escupieron; y, doblando las rodillas, se postraban ante él. Terminada la burla, le quitaron la púrpura y le pusieron su ropa. Y lo sacan para crucificarlo.

Jesús se deja en manos de sus enemigos, que lo insultan y lo maltratan. Pero Él calla, porque de esta manera comienza a sanar la maldad de los hombres. A veces, los cristianos sufrimos también la incompreensión de los demás. Aunque buscamos el bien de todos, nos encontramos rechazo o indiferencia. Los mismos seminaristas encontramos muchas dificultades y oposición, incluso dentro de la comunidad cristiana. Compartimos con Jesús la incompreensión de quien sigue su vocación hasta el final.

Oración. Pidamos por los seminaristas de nuestro Seminario Diocesano. Para que afronten con valor las dificultades de seguir al Señor y para que experimenten que quien permanece fiel es el que da fruto. Pidamos también por las vocaciones sacerdotales; para que imitando a Jesús los jóvenes no tengan miedo de afrontar los obstáculos que pueden plantearse en su camino vocacional.



TERCERA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

Lectura del libro del profeta Isaías (53, 4-6)

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido por Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

Jesús carga con la cruz y cae. No es por su culpa, sino por la nuestra, pues somos pecadores. Jesús, empero, tropieza y cae abrazando la voluntad del Padre, hasta tocar el fondo último de nuestra existencia: allí nos encontramos, Jesús, tú y yo. Mi debilidad hace armonía con tu profunda humildad, que desciende hasta el único lugar donde ambas pueden encontrarse: un corazón quebrantado. Danos, Señor Jesús, un corazón pobre para recibir el don de tu humildad. Que nuestros fracasos solo sean ocasión para la gracia.

Oración. Te pedimos especialmente por el trabajo de los sacerdotes con los más jóvenes; es triste que su experiencia habitual sea no ver resultados en su trabajo por sembrar el Reino en ellos. Que sean ejemplo de vida para los jóvenes con quienes trabajan. Que no desistan y que sus caídas sean lugar de encuentro con tu rostro brillante de ternura divina.



CUARTA ESTACIÓN

JESÚS SE ENCUENTRA A SU MADRE

Lectura del Evangelio según San Lucas (Lc 2, 34-35.51)

Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma». Su madre conservaba todo esto en su corazón.

Jesús, caminando hacia el Calvario, se encuentra con su madre; ella le abraza, le alienta a seguir con su misión. Los sacerdotes tampoco están solos, el Señor prometió a sus seguidores recibir el ciento por uno de todo aquello que dejaran por Él. Igual que Jesús, los sacerdotes encuentran familias dispuestas a acogerles y ayudarles en su ministerio. Dejaron su casa para dar la vida por amor a Jesús y su Iglesia; pero el Señor no se desentiende, cuida de cada uno de ellos a través de nosotros y nuestras familias.

Oración. ¡Gracias Señor por todas las familias que son lugar de descanso y confianza para nuestros sacerdotes! Te pedimos que estemos atentos a las necesidades de los pastores de la Iglesia, para que a través de nosotros sientan tu cercanía y así se mantengan fieles en el cumplimiento de la misión que Tú les has encomendado.



QUINTA ESTACIÓN

JESÚS ES AYUDADO POR EL CIRINEO A LLEVAR LA CRUZ

Del evangelio según San Mateo (Mt 27,32; 16,24)

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz. Jesús había dicho a sus discípulos: «El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga».

Jesús está cansado, cada vez le cuesta más andar. Ya ha caído una vez y puede volver a caer en cualquier momento. Los soldados echan mano de un hombre cualquiera, Simón de Cirene, y le obligan a llevar la cruz. Este cirineo comparte la cruz de Jesús en el momento en que el dolor es más insoportable, se une totalmente al sufrimiento de Jesús. Pedimos y damos gracias por los sacerdotes que se desviven por acompañar el sufrimiento de los más débiles, por los sacerdotes que consuelan a los enfermos en sus hogares, que acompañan a los enfermos graves en los hospitales y les administran los últimos sacramentos, por los que acompañan el dolor de las familias ante el fallecimiento inesperado de un ser querido.

Oración. ¡Gracias por esa entrega desinteresada ante los más necesitados! Te pedimos, Padre, por los sacerdotes que acompañan estas situaciones de dolor, por quienes los ayudan y acompañan en esta tarea. Haz que sean capaces de sentir la misma compasión de Jesús al entregarse por amor en la cruz y redimir al ser humano.



SEXTA ESTACIÓN

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

Del libro del profeta Isaías (Is 53,2-3)

No tenía figura ni belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado.

En nuestra sociedad sigue habiendo personas sin aspecto atrayente, que necesitan de los demás para poder vivir: que no llegan a fin de mes, familias que viven con lo mínimo, cuyos hijos tienen dificultades para estudiar o alimentarse bien, que no cuentan con las comodidades de las que muchos de nosotros gozamos, como caídas del cielo. Que no cuentan con un hogar propio, y tienen que recurrir a la caridad para poder vivir lo más dignamente posible. Quizás puede parecer que no existen, ya que no ocupan las grandes portadas de los periódicos, pero son personas reales que están sufriendo, son los otros nazarenos de nuestra sociedad, despreciados y humillados.

Oración. Te pedimos Padre, por estos otros cristos y por quienes los acompañan en su día a día, por las personas que son el rostro de la caridad de la Iglesia: por las personas que se entregan por completo a los más pobres, en especial, por los sacerdotes que dan su vida por ellos. Que seamos como ellos, como la Verónica, y salgamos al encuentro de estas personas que tanto necesitan de nuestra ayuda.



SÉPTIMA ESTACIÓN

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

Del libro de las Lamentaciones (3, 1-2.9.16)

Yo soy el hombre que ha visto la miseria bajo el látigo de su furor. Él me ha llevado y me ha hecho caminar en tinieblas y sin luz. Ha cercado mis caminos con piedras sillares, ha torcido mis senderos. Ha quebrado mis dientes con guijarro, me ha revolcado en la ceniza.

Jesús vuelve a caer, tropieza con las piedras del camino y cae. Jesús, como hombre que es, vuelve a caer. Si a Jesús le pasó, ¿cómo no disculpar que les pase también a nuestros sacerdotes? Son humanos y, por ello, se equivocan a veces en sus decisiones, en sus palabras, en sus gestos... Tienen tantas cosas en la cabeza que a lo mejor llegan a descuidar lo más importante: cuidar del pueblo a ellos encomendado. Pero, si ellos son los que por gracia de Dios perdonan nuestros pecados, ¿cómo no vamos nosotros también a perdonarles a ellos?

Oración. Señor, te pedimos por nuestros sacerdotes, no son perfectos, se equivocan, pero son los que tú has elegido para que nos guíen hacia ti. Ayúdalos a saber reconocer sus equivocaciones, a pedir el perdón cuando tropiecen con la piedra, a saber rectificar en sus errores. Toca nuestros corazones para que, al igual que ellos perdonan nuestras faltas, nosotros seamos capaces de perdonarles en sus momentos de debilidad.



OCTAVA ESTACIÓN

JESÚS CONSUELA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

Del Evangelio según San Lucas (23, 28-31)

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: «dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado». Entonces empezarán a decirles a los montes: «Desplomaos sobre nosotros»; y a las colinas: «Sepultadnos»; porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?

En toda comunidad de cristianos es imprescindible la figura de la mujer. En nuestras parroquias, movimientos, hermandades y cofradías, se descubre la presencia de esas mujeres que, dejando sus hogares, sus familias y su vida social, dedican por completo sus días a la oración, a la vida parroquial y la liturgia, gastando la vida en ello. Como las mujeres de Jerusalén que acompañaron a Jesús en su pasión, todavía hoy quedan mujeres que, a pesar de las circunstancias adversas, de una sociedad que no las valora y menosprecia por su edad y condición, son fieles al seguimiento del Señor y acuden diariamente a los pies de Jesús.

Oración. Pedimos por todas las mujeres que ayudan a los sacerdotes y que son en las parroquias sus colaboradoras más fieles, para que no desistan en los momentos de dificultad, para que sepan acompañar a sus curas cuando ellos desfallezcan en el día a día, para que su labor y su persona sean valoradas tanto dentro como fuera de la Iglesia.



NOVENA ESTACIÓN JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

Lectura del libro de las Lamentaciones (3, 27-32)

Bueno es para el hombre soportar el yugo desde su juventud. Que se sienta solitario y silencioso, cuando el Señor se lo impone; que ponga su boca en el polvo: quizá haya esperanza; que tienda la mejilla a quien lo hiere, que se harte de oprobios. Porque el Señor no desecha para siempre a los humanos: si llega a afligir, se apiada luego según su inmenso amor.

El sufrimiento es algo de lo que todos buscamos huir. Sin embargo, fue la escuela que hizo perfecto a Cristo como hombre (Hb 5,9). Los sacerdotes también sufren, entran en crisis, y quizá sienten la tentación de abandonar el ministerio cuando la carga parece demasiado pesada. En el Vía Crucis de Roma de 2005, el entonces cardenal Ratzinger dijo que Cristo también sufre en su Iglesia hoy cuando abusamos de su presencia en el sacramento de la eucaristía, cuando deformamos su Palabra, cuando nos dejamos llevar únicamente por estructuras humanas. Tengamos en esta estación especialmente presentes a estos sacerdotes que sufren con más intensidad. Que este momento de prueba sirva para acercarse más al misterio de la cruz del Señor, con el que deben conformar su vida.

Oración. Te pedimos Señor les fortalezca mediante la celebración de la Eucaristía y el trato frecuente con tu Palabra, y que sientan siempre el apoyo y la cercanía de su comunidad, que reza por ellos y los sostiene por la comunión de los santos. Que sientan, en el camino de la cruz, la presencia amorosa de la Virgen María que los protege como madre.



DÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

Lectura del Evangelio según San Mateo (27, 33 -36)

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo.

Contemplamos en esta estación la suma pobreza en la que nuestro Señor murió en la cruz. Jesús nació pobremente y del mismo modo muere ahora. ¡Qué paradoja! Él, que es el Señor del universo y la suma riqueza del corazón del hombre, es ahora despojado de todo para morir como uno más y, de este modo, enriquecernos con los dones de la salvación humana. Este es el ejemplo que Cristo ha dejado a todos sus seguidores y, en especial, a los sacerdotes que han de configurarse con él, pobre y humilde para continuar su misma misión. La pobreza sacerdotal es un signo de la riqueza de aquel que ha llenado sus vidas de Jesucristo y que no está apegado en su corazón a ningún bien ni material, ni afectivo porque está rebosante de su gracia.

Oración: Pidamos para que los sacerdotes de todo el mundo vivan llenos del amor de Jesús, enamorados de su vocación sacerdotal. Solo así, colmado su corazón de Él, vivirán la pobreza que Jesús les invita a abrazar, que no es solo vivir con lo necesario, sin lujos ni caprichos, sino absolutamente desprendidos de todo lo mundano para que sus vidas sean plenamente fecundas.



UNDÉCIMA ESTACIÓN

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

Lectura del Evangelio según San Mateo (7, 37-42)

Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el Rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos».

Jesús clavado en la cruz. Siendo Dios, muer por ti y por mí, por nuestros pecados. Cada paso, cada golpe que recibía era para salvarnos. Fue clavado en la cruz y en su entrega los cristianos encontramos el camino de la salvación. Hoy también muchos cristianos son expuestos al abandono y la cruz. Entre ellos, los sacerdotes; con frecuencia son desprestigiados y humillados por el hecho de ser sacerdotes. ¿Cuántas veces, por miedo al qué dirán, a ser señalados, miramos hacia otro lado cuando un sacerdote es menospreciado y humillado? ¿Cuántas veces desprestigiamos su entrega y trabajo por no compartir su opinión, o la de la propia Iglesia? ¿Cuántas veces somos nosotros mismos, quienes trabajamos activamente junto a ellos, quienes hablamos mal de nuestros sacerdotes?

Oración: Te pedimos Señor por los sacerdotes que son despreciados y desprestigiados por nuestra sociedad. Haz que su entrega sea apreciada y su trabajo valorado. Ayúdanos a ser comprensivos ante sus errores y valientes para mostrar al mundo la necesidad de su presencia.



DUODÉCIMA ESTACIÓN JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Del Evangelio según San Mateo (27, 45-50. 54)

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde Jesús gritó: «Elí, Elí lamá sabaktaní», es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Al oírlo algunos de los que estaban por allí dijeron: «A Elías llama éste». Uno de ellos fue corriendo; enseguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo». Jesús, dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: «Realmente éste era Hijo de Dios».

El amor de Jesús no tiene límite, llega a la muerte, va más allá de la muerte. Algunos ven en esto un motivo de burla, la cruz como el sello a una vida fracasada, perdida. Pero otros ven en Cristo crucificado al Hijo de Dios, encuentran en su sacrificio la manifestación plena de su identidad. El sacerdote sigue a Jesús durante toda su vida, y aquellos que durante su vida han muerto a sí mismos para servir a Dios y a su pueblo, también mueren abrazados a la cruz de Cristo para resucitar con Él.

Oración: Señor, te pedimos por los sacerdotes fallecidos. Que sean ejemplo para nosotros de una vida entregada a ti hasta las últimas consecuencias, y que por tu gracia, den frutos de santidad y nuevas vocaciones.



DÉCIMOTERCERA ESTACIÓN
**JESÚS ES BAJADO DE LA CRUZ
Y PUESTO EN BRAZOS DE SU MADRE**

Lectura del Evangelio según San Mateo (27, 54-55)

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: «Realmente éste era Hijo de Dios». Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para atenderle.

Pensemos en María. Toda su vida ha sido cumplimiento de la voluntad de Dios, de sus promesas. Toda su vida ha sido una ofrenda, desde aquel “sí” de Nazaret, pasando por la “espada” de Simeón, hasta llegar junto a la cruz de Jesús y recoger su cuerpo inerte. También la vida de las madres de los sacerdotes es ofrenda permanente. Deben renunciar a la alegría de recibir nietos, quizás a la cercanía física con ellos... y así cumplen la voluntad del Padre, que quiere prolongar el ministerio de su Hijo en nuestros sacerdotes. Que las madres de familia no impidan a sus hijos seguir a Cristo cuando este los llame al sacerdocio o a la vida consagrada.

Oración: Señor, que elegiste a María para entrar en este mundo y quisiste dejarlo colocado en sus brazos de Madre, te pedimos por todas las madres, especialmente por aquellas que tienen que acompañar el sufrimiento y la muerte de sus hijos. Que su dolor siga siendo fecundo. Ayuda a todas las madres a acompañar y fortalecer la vocación de sus hijos.



DÉCIMOCUARTA ESTACIÓN

JESÚS ES SEPULTADO

Lectura del Evangelio según San Mateo (27, 59-61)

José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

Jesús ha culminado su misión divina, ha sido fiel hasta el final a la voluntad del Padre muriendo en la cruz por la salvación de todos los hombres, la tuya y la mía. Todos estamos incluidos en su conciencia y por eso, con su libre respuesta humana a la voluntad del Padre ha realizado nuestra salvación.

Oración: Esta misma fidelidad de Jesús queremos pedírsela para que la conceda a todos los sacerdotes. Que el «sí» que pronunciaron el día de su ordenación se prolongue durante toda su vida como ofrenda de sus vidas en cada enfermo que visiten, en cada hermano que acompañen, en cada predicación que realicen, en cada Eucaristía que celebren hasta el final de su vida en la tierra. También pedimos por aquellos que han caído, que se han dejado seducir por cosas que les han apartado de su camino, para que nunca se desaminen ni se desesperen porque Jesús les da continuamente oportunidades de levantarse y volver al camino. Jesús, sostenles tú con tu fidelidad para que toda su vida sea una entrega total como fue la tuya a la voluntad de Dios.